

EL "PÓRTICO ITALIANO" DE CARLOS III. APUNTES SOBRE PROBLEMAS TODAVÍA ABIERTOS A LA INVESTIGACIÓN

por

GIOVANNI STIFFONI (†)

En las varias historias del reinado de Carlos III, bien conocidas y que no es el caso aquí de reunir, lo que choca al historiador es la poca importancia que tiene, para una comprensión a fondo de las modalidades de la política reformadora de don Carlos en España, la experiencia política que el joven soberano hace en Italia. Esta etapa, que cubre el arco no cierto muy corto de veintiocho años, se reduce a muy pocas páginas en la economía de las varias obras sobre Carlos III. Reasumiendo muy bien el estado de la cuestión, Pedro Voltes ha hablado de "pórtico italiano" del reinado de Carlos III y en su libro le dedica unas siete páginas.

Yo pienso que en una biografía crítica del gran soberano ilustrado, que, a pesar del gran despliegue de estudios determinado por el último centenario, falta todavía, la experiencia italiana tendría que resultar de fundamental importancia.

En efecto, cuando don Carlos salió de Nápoles para Madrid en 1759, llorado por todo el pueblo y por la clase política y cultural reformadora napolitana, a pesar de las dificultades de los últimos años, él había dejado a sus espaldas un modelo de gobierno ilustrado al cual toda Europa miraba, y llegaba a España rico de una experiencia política e intelectual enorme, que inmediatamente utilizó para dar inicio al período más esplendoroso de su historia, como Carlos III rey de España. Sin la experiencia napolitana no se comprende en efecto ni el despliegue rapidísimo aunque lleno de incertidumbres y de obstáculos de la primera parte del reinado hasta los motines de 1766, ni el criterio que se intentó aplicar a una realidad tan diferente de la napolitana para llevar adelante aquel complejo de reformas que ya se había experimentado en Nápoles.

“La época de don Carlos y de Tanucci —escribe Venturi en su *Settecento riformatore*— había dejado un sello indeleble en los espíritus. Y esto había sucedido porque las ideas que se habían difundido correspondían a la realidad de las cosas, y sobre todo a las exigencias de los hombres, que aunque empíricamente y con no poca incertidumbre, habían intentado aportar algunas reformas a la base del Estado y de la sociedad heredados por los austriacos y por los españoles”.

Creo por lo tanto que vale la pena proporcionar un rápido cuadro general de la experiencia italiana de don Carlos con la intención de solicitar a los futuros historiadores de este soberano una línea de investigación que enlace los estudios italianos sobre el reino de Nápoles con los estudios españoles sobre el reinado de Carlos III.

Fue el 20 de octubre de 1731 cuando el infante don Carlos dejó la Corte madrileña para empezar su aventura en tierras italianas, que tanto peso tenía que tener en la formación de su personalidad política.

Antonio Farnesio había muerto sin dejar descendencia, y la aspiración de la reina Isabel Farnesio de colocar al joven don Carlos en su amado Ducado de Parma se hacía por fin realidad.

Felipe V se había incorporado a la corona de España a la edad de diecisiete años, y su hijo Carlos acababa su juventud y se incorporaba de lleno en los duros quehaceres del gobernar a la edad de quince. Felipe había chocado con un gran reino en plena decadencia, donde en todo parecía que había que poner orden, Carlos chocaba con un pequeño Estado también él en decadencia, víctima querida de las grandes potencias.

Desembarcado en Liorna, aclamado por los parmesanos que esperaban del joven príncipe una renovación de aquel Ducado que el pingüe Antonio había dejado en muy tristes condiciones, el joven Carlos se dirigió sin embargo enseguida a Florencia para visitar al enfermo Juan Gastón. El período parmense es muy breve y don Carlos pasó la mayoría de su tiempo en Florencia. Toscana más que un Estado era una sombra de Estado, y éste también hubiera tenido que pasar a mano de don Carlos a la muerte del último de los Médicis, pero los “viejos huesos” del Granducado habían recobrado una vida hecha de disputas diplomáticas y jurídicas de las que don Carlos sacó no pocas enseñanzas.

Desde el antiguo y triste Alcázar de Madrid al espléndido Palacio Pitti de Florencia el paso había sido grande. Siete meses pasó don Carlos en tierra toscana, donde aprendió qué quería decir amor al arte, la maquiavélica esencia del poder y la relatividad de nuestra frágil existencia. Es éste un período que no ha sido estudiado y, aunque breve, tiene su importancia en la formación del joven don Carlos.

El 10 de febrero de 1735 fallecía el rey de Polonia Augusto II. En el marco de la concepción dominante del Estado como patrimonio de los reyes,

que, independientemente de las realidades histórico-culturales, se puede dividir o agrandar o por pactos o por conquista, Polonia fue, como sabemos, víctima de las pretensiones de las grandes potencias y se transformó en el pretexto para una guerra internacional. Es la primera Guerra de Sucesión Polaca. Pero el estricto problema sucesorio fue rápidamente resuelto por las tropas rusas. El problema polaco fue olvidado y el escenario de la guerra se desplazó enseguida a Italia. Felipe V se alió con Francia y ordenó a don Carlos que se pusiese a la cabeza de las tropas españolas y se dirigiera desde el ducado de Parma hacia el reino de Nápoles.

El virrey de Nápoles Harrach había sido sustituido el año anterior por el noble italiano Giulio Visconti, que no había sabido convencer a los napolitanos de la equidad de la política reformadora de la Casa de Austria. Lo cierto es que en la época de la dominación austriaca se había abierto la posibilidad para la nobleza y la intelectualidad napolitana de entrar en contacto con uno de los centros más importantes de la cultura europea como era Viena, pero los varios virreyes austriacos no habían sabido combatir ni el subdesarrollo material, ni el viejo malgobierno, ni los abusos de la nobleza, y habían dejado Nápoles en la condición de un Estado subalterno y periférico del Imperio. Demasiado lejos del espíritu partenopeo además estaban los métodos del gobierno imperial, que no había conseguido ganarse ni el apoyo del pueblo ni el de la mayoría de la nobleza napolitana, así que fue con "suma alegría", dicen las crónicas de la época, que nobleza, "burguesía" y "lazzaroni" de Nápoles recibieron al joven príncipe el 10 de mayo de 1734. Y aquí también nos encontramos con un hueco en la investigación: es decir, el análisis detallado de las relaciones entre las reformas austriacas y las reformas carolinas, además del comportamiento de los núcleos filoborbónicos residentes en Nápoles durante el dominio de los Habsburgo.

Don Carlos desembarcó en Mesina el 9 de marzo de 1735 y fue recibido en la capital bajo una lluvia de flores y de fuegos de artificio desmesurados, que le asombraron y divertieron al mismo tiempo. ¡Qué países y gentes tan distintas de los españoles tendría que gobernar! El 3 de julio fue coronado rey de Sicilia y después regresó a Nápoles. Los sicilianos hubieran querido que la capital del reino fuera Palermo, y en esto pensaba en secreto también la Corte de España, por razones estratégicas, pero lo que decidió a don Carlos es el hecho que de sus amigos toscanos había aprendido que era Nápoles la ciudad más viva y uno de los centros más importantes de la vida cultural italiana, y que por lo tanto Nápoles tenía que ser la capital del nuevo reino. Aun si la ciudad estaba en decadencia, y desde el punto de vista artístico no se podía comparar con Florencia, Venecia o Roma, Nápoles tenía al contrario una vida cultural intensa y moderna. Lo que se necesitaba era transformarla en una capital, a la altura, también desde un punto de vista arquitectónico, de las grandes capitales europeas. Y ésta fue la firme

intención del joven rey, que miraba con atención lo que habían hecho los otros soberanos europeos. Es aquí donde nace uno de los elementos más caracterizantes del reinado de Carlos III, es decir, su interés por la transformación urbanístico-arquitectónica de la capital. Madrid tenía en efecto que estar a la altura no sólo de la querida Nápoles, de la que Carlos había cambiado completamente la estructura urbanística y arquitectónica, sino a la altura de las grandes capitales europeas, centros del nuevo absolutismo ilustrado, como Berlín, París, y San Petesburgo.

Don Carlos había tomado posesión del gobierno de la Italia del Sur en nombre de Felipe V, pero enseguida, con gran acierto político el padre había enviado al hijo un documento en el que le cedía todos los derechos reales. Después de casi trescientos años el reino de las Dos Sicilias renacía como reino independiente. Evento memorable, que suscitó grandes esperanzas en un país que, como escribe el conde de Fernán Núñez en su *Compendio histórico de la vida del rey Carlos III*, había sido tratado no como un reino sino "como una colonia remota de la que por común sólo se piensa en sacar el juego mientras dura".

Pero una gran responsabilidad política caía sobre las espaldas del joven rey. Austria, aún con mucha dificultad e incompreensiones, había encendido muchas esperanzas en la clase culta napolitana. Como estudios recientes han demostrado, el Virreinato imperial no había sido tan desastroso como los historiadores del tiempo y del siglo pasado lo pintaron, y se había presentado como capaz de poner fin a la efectiva opresión y al malgobierno españoles, y, a pesar de la política conservadora de Viena, había abierto el paso al renacer de un nuevo sentido del Estado frente a las prevaricaciones de la aristocracia y de la Iglesia, empezando una reforma de las finanzas públicas con la creación del Banco de San Carlos y abriendo la Universidad a las nuevas ideas europeas. Pietro Giannone, con su *Historia civil del Reino de Nápoles (1723)*, simboliza este movimiento de reformas, pero su exilio simboliza también el fracaso final de la política imperial.

Marginado rápidamente el sector de la nobleza filoaustríaca, el "rey nuestro señor tan deseado" no perdió tiempo en reanudar, sobre nuevos carriles, la política de las reformas fracasadas bajo el dominio austríaco. Don Carlos tenía la ventaja de que en el sur los daños de la guerra habían sido menos graves que en el norte. También los efectos de la carestía que había azotado la Península, aquí fueron menos graves. Inteligentemente la prohibición del comercio con los austríacos, que Don Carlos había decretado, provocando serias dificultades, fue enseguida abolida en el mismo mayo de 1737, y las entradas ascendieron desde los tres millones de 1731 a más de cinco en 1738.

Fue el comienzo, como escribe el máximo conocedor actual de la Nápoles del Setecientos, Raffaele Ajello, "una gran explosión de energías espi-

rituales y políticas", apoyada entusiastamente por un grupo de hombres muy preparados técnicamente y abiertos intelectualmente. Empezaba lo que ha sido definido "el tiempo heroico de la monarquía". El noble ilustrado y radical piamontés Alberto Radicati da Passerano, que vivía en la libre Holanda, había visto en don Carlos el príncipe capaz de resucitar en Italia los antiguos ideales gibelinos. Un verdadero nuevo ciclo histórico empezaba, una esperanza inmensa se encendía en toda Italia.

A Nápoles llegaron no sólo muchos técnicos y ministros españoles, sino también grandes figuras de reformadores desilusionados del fallo de las reformas en los demás reinos y repúblicas italianas, como el romano Bartolomeo Corsini, nombrado después "Grande de España" y, en 1745, presidente del consejo de ministros; o el toscano Bernardo Tanucci, gran amigo desde hacía años de don Carlos, que se transformó en el mayor consejero de la política del rey, ministro de Gracia y Justicia y después iluminado director de la entera política napolitana durante todo el tiempo de permanencia de don Carlos en Nápoles, y también parcialmente después, como atestigua la larga y densa correspondencia con Carlos III.

En las ideas económicas neo-mercantilistas de Uztáriz y el regalismo de Macanaz se inspiró el nuevo Rey, pero los italianos dan un sentido práctico a estas ideas que en España encontraban todavía dificultades en su aplicación.

Don Carlos se mostró clemente con los filoaustríacos, pero la nueva *Giunta degli Inconfidenti*, una especie de Inquisición de Estado, fue sin embargo severísima con los enemigos del nuevo régimen. Los periódicos europeos señalaban que el nuevo gobierno de don Carlos apresaba a todos los que se oponían a las nuevas medidas para mejorar al comercio y las finanzas, entre ellos muchos nobles, y, cuando empezó el contraste con Roma sobre las inmunidades eclesiásticas, detenía también a curas y frailes.

La creación en 1739 del *Segundo Magistrado al Comercio*, dio comienzo a un giro radical en la política económica del reino: 1) aumento de los impuestos sobre los ricos y reducción de los intereses del Monte de Piedad, para aliviar la precedente opresión del pueblo; 2) cuenta exacta de las propiedades fuesen láicas o religiosas, a través de un intento, en verdad no muy claro, de un catastro, cuyos resultados no fueron los esperados a causa de la fuerte oposición de los propietarios de feudos, así que los gravámenes fiscales recayeron otra vez, en su mayoría, sobre comerciantes y propietarios de manufacturas; 3) reformas de los derechos de entrada y salida de las aduanas; 4) posibilidad de exportar granos cuando no había carestía, y libre ejercicio de la industria contra todo monopolio, con creación de inspectores para fomentar las manufacturas, particularmente las telas de plata y oro, paños y demás géneros de lana, utilizando también artesanos extranjeros, y sobre todo llevando a la provincia manufacturas y artesanos antes concentrados en la capi-

tal, en el marco de una política de descentralización de las actividades productivas; 5) construcción de numerosos buques en los arsenales, elemento fundamental para el desarrollo del comercio; 6) celebración de tratados comerciales con todos los países europeos y apertura del comercio con el Levante turco; 7) restauración y ampliación del puerto de Nápoles (1736) y permiso de formación de Compañías comerciales autorizadas a despachar buques a América; 8) permiso concedido a los judíos de regresar y desarrollar sus actividades económicas libremente y levantar sus sinagogas en el Reino.

Además, frente a una concepción económica basada exclusivamente sobre la industria de lujo, se propuso fomentar la agricultura, porque, escribía Pietro María Doria, en su Memoria *Sobre el Comercio del reino de Nápoles* de 1740, dedicada a Francisco Ventura, presidente del Supremo Magistrado de Comercio, hombre de Corte y odiadísimo por la clase de los magistrados, "la circulación del dinero no llega jamás a los campesinos, así que las provincias se hacen tanto más pobres cuanto más ricas se hacen las ciudades y las cortes y por consecuencia a la larga todo el Reino se hace pobre".

Para fomentar las actividades económicas don Carlos empezó también a desmontar la proverbial lentitud y complicación de la Justicia partenopea. Fue ésta una lucha durísima y tempestuosa. La reforma aportaba, ante los ojos de los contemporáneos, unos cambios fundamentales. El juicio tenía que ser rápido; los derechos de justicia tenían que ser rebajados de un tercio o de un cuarto, porque los jueces, y era ésta una gran novedad, eran pagados no ya por las partes sino por el Estado; y, en fin, se abandonaba el uso de la lengua latina para adoptar la italiana. Además muchos de los jueces empezaron a ser elegidos fuera de la casta tradicional de los magistrados, entre abogados, mercaderes y banqueros.

La oposición a estas reformas por parte de los feudatarios y de la magistratura señorial, fuese napolitana o siciliana, fue violentísima. Era la amenaza más fuerte contra los privilegios seculares de la potentísima casta de los magistrados, y la batalla al final fue desgraciadamente perdida por don Carlos y sus ilustrados ministros. Así como el intento de poner a punto un catastro había tropezado contra la resistencia de la nobleza y del clero.

Sobre la quiebra de este importante intento de reforma de un mal endémico del Sur de Italia, contra el cual el anterior malgobierno español no sólo no había sabido hacer nada, sino que había favorecido, escribe el ilustrado Giuseppe María Galanti: "Era en el sistema general de nuestra constitución donde los bienes feudales y eclesiásticos eran inmunes. No pudiendo tasar a los ricos, el Tribunal de la Sommaría, que el rey quería que recargase los impuestos entre los poseedores de bienes, siguió recargándolos sobre los pobres". Era el triunfo del viejo señorío sobre comerciantes y artesanos. La voluntad de don Carlos de dismantelar los derechos feudales fracasó sin embargo no sólo por la resistencia de la nobleza, sino también por las resis-

tencias de los ricos no nobles, que no sólo en el Reino de las Dos Sicilias sino en toda Europa, no querían tanto destruir los feudos y sus privilegios como comprarlos, realizando de tal manera sus deseos de elevarse socialmente. Nada en efecto es más burgués en el siglo XVIII que la aspiración a transformarse en nobles, a salir de su propio orden y entrar, adquiriendo oficios y títulos, en el orden nobiliario. Y faltándole a don Carlos el necesario apoyo social de las clases pudientes, los planos de reforma, planeados con gran inteligencia por el gran ministro Tanucci, no podían sino fracasar en su globalidad, a pesar de las muchas realizaciones particulares que se consiguió llevar a cabo.

Otra batalla, comenzada ya por la Casa de Austria, pero también fracasada, fue reanudada con gran decisión y energía por don Carlos. Es la batalla contra las inmunidades eclesiásticas. Delicado terreno éste del enfrentamiento con el inmenso poderío social y espiritual de la Iglesia. Por medio estaba también la cuestión de las relaciones con el Papa, a quien correspondía legitimar al nuevo soberano. Además un enfrentamiento ideológico con la Iglesia, como había intentado Giannone en los Años Veinte, era inconcebible por el catolicísimo don Carlos y también por su ministro Tanucci. Fue ésta, por ejemplo, una de las razones por las que don Carlos se enfrentó con la Masonería y llegó a emitir el decreto de 1752 contra los francmasones, "perturbadores —se lee en el edicto— de la pública tranquilidad y reos de violar a los derechos de nuestra soberanía". La habilidad de don Carlos fue la de desplazar el problema de la masonería desde el terreno ideológico al terreno político: el Estado no podía permitir la existencia de una especie de Estado dentro del Estado (son las mismas razones, con signo ideológico opuesto, que determinarán la decisión de expulsar a los jesuitas de España en 1767). De tal manera la cuestión que parecía una capitulación a la voluntad del Papa Benedicto XIV, se transformó en la imposición de la voluntad del rey de preservar la estructura del Estado absolutista en el marco de la fórmula política del absolutismo ilustrado, que empezaba a imponerse en toda Europa.

Escribe con su acostumbrado acierto, el gran historiador actual del Setecientos, Franco Venturi, que "se demostró evidente desde el principio que la situación financiera no podía ser restablecida sin gravar con tributos de alguna manera a los eclesiásticos. Así como se reveló enseguida que el orden público no podía ser mantenido sin mellar a las inmunidades locales, ni se podía fomentar los estudios sin imponer alguna limitación a la censura eclesiástica. Y después, sobre todo, el anticurialismo, el sentido del Estado, agudizado por el conflicto con la Iglesia, habían ya empezado a formar parte de la tradición meridional. En la disputa con el poder eclesiástico se había formado una clase dirigente, y si quería tenerla de su propia parte, era bien necesario darle alguna satisfacción".

La intención de don Carlos era la de abolir las tres inmunidades de que gozaba la Iglesia: 1) la *inmunidad local*, que transformaba toda institución religiosa en un refugio intocable para la Justicia de cualquier tipo de delincuente, y sobre este punto se llegó a un compromiso bastante favorable al Estado con el Concordato de 1741. 2) La *inmunidad personal*, que excluía al clero de toda sumisión a las leyes del Estado y lo transformaba en un cuerpo autónomo, y sobre este punto se llegó a una cierta limitación de esta intolerable situación, siempre en el mencionado Concordato. 3) La *inmunidad real*, que excluía a la Iglesia de pagar cualquier tipo de impuesto, y sobre este punto don Carlos llegó a conseguir que se pagase la mitad del impuesto debido sobre las propiedades laicas por las propiedades eclesiásticas adquiridas antes de 1741, y el impuesto entero por las adquiridas después de esta fecha. Algunos pensaron que el Estado hubiera tenido que incautar todos los bienes eclesiásticos, pero ésta era una pura utopía. Era una tentativa de reanudar la política propuesta por el expulsado Giannone, sin Giannone. Sin embargo muchas de sus indicaciones habían pasado desde la fase del proyecto a la de la concreta realización.

También la vida cultural napolitana empezó a entrar con el nuevo Reino independiente en una fase de gran efervescencia. Don Carlos, que poco o casi nada amaba la música, como también su ministro Tanucci, cuando llegó a Nápoles, en la que había una fuerte tradición musical y operística, dio la orden de construir el más hermoso teatro de ópera de Europa, dándole su propio nombre: el Teatro San Carlos. El encargo de su construcción, que se llevó a cabo en el tiempo record de ocho meses, fue dado al empresario Carasale, que se había enriquecido con la construcción de las fortalezas del Reino y del nuevo espléndido Palacio Real de Capodimonte (iniciado el 5 de septiembre de 1737), donde se encontraba el "Casino de la Reina", una especie de Triánón napolitano a imitación del francés. En 1738 Carlos fundó en el mismo lugar la *Real Fábrica de Capodimonte*, que inició su producción en 1743, y cuyas porcelanas fueron enseguida estimadas y requeridas por toda Europa. En el mismo año abrió la *Real Fábrica de Tapices* en San Carlo alle Mortelle. Estas dos fábricas eran destinadas sobre todo a conquistar para el Reino una posición de prestigio internacional. Faltando, sin embargo, un contexto industrial avanzado, estas iniciativas tomadas desde arriba no produjeron los efectos deseados, y dieron renombre a la monarquía más que producir efectos eficaces de intervención en la economía general del Reino.

La construcción del Real Teatro de San Carlos, que se inauguró el 4 de noviembre de 1737, fue no sólo una operación cultural sino también política: una especie de compromiso entre tradición nobiliaria e Ilustración. El teatro era una especie de emblema de la magnificencia de la nueva monarquía, donde pueblo y nobles se unían para admirar la soberanía del ilustrado rey,

aunque don Carlos se había hecho insonorizar el palco real, para poder charlar o reposar durante las representaciones operísticas, que le aburrían profundamente. De todas formas, gracias a este inteligente monarca, que odiaba la música, la escuela de la ópera napolitana marcó un hito en la historia de la música del Setecientos. Todos los músicos venían al San Carlos como a una meta obligada, nadie se afirmaba si antes no había pasado por el San Carlos. El famoso, por hacer sólo un ejemplo, *Stabat Mater* de Pergolesi, es de 1736.

El rey era muy amante de las artes figurativas y de la arqueología, y bajo sus auspicios empezaron las excavaciones de Herculano, la ciudad sepultada por una erupción del Vesuvio dieciséis siglos antes. En vísperas de su salida de Nápoles para ocupar el trono de España, don Carlos encargó a los mejores artistas y grabadores del momento la reproducción en láminas de todos los hallazgos arqueológicos, y difundió por Europa tales tesoros con la famosa y fascinante obra en varios tomos titulada *Antigüedades de Herculano*. Cerca del mismo Herculano, en Portici, don Carlos mandó se fabricase también su Casa de Campo, en la que, escribe el conde de Fernán Núñez, "se va haciendo una colección de todas las antigüedades que se van descubriendo, y que es única al mundo. Varios le reconvenían, diciendo no debía exponer colección tan preciosa en un paraje tan inmediato al Vesuvio; pero su Majestad se reía y les decía: Así tendrán nueva diversión de aquí a dos mil años, y se harán honra descubriéndola."

Otro sitio real espléndido que don Carlos hizo construir por el célebre arquitecto Vanvitelli, y a cuyos trabajos se dio comienzo en 1752, fue el Palacio y los maravillosos jardines de Caserta, que don Carlos quería que fuesen la Versailles de su Reino, pero que fueron terminados sólo en 1774. Aficionado como era a la caza, también porque este deporte se lo habían recomendado los médicos como cura eficaz contra la posibilidad, por herencia, de una neurosis de ansia y depresión; como se diría hoy, don Carlos creó espléndidos sitios y parques para su diversión preferida, sobre todo en la isla de Prócida y en la barra de Monteleón.

Mientras tanto, puesto que la conclusión de la Guerra de Sucesión Polaca había satisfecho sólo parcialmente a España, Felipe V había empezado un acercamiento a Austria. El conde de Fuenclara fue así enviado a Viena para pedir como esposa de don Carlos a la segunda hija de Carlos VI, María Teresa. Ante la oposición imperial, se pidió entonces la mano de la sobrina-nieta de su Majestad Imperial, la princesa María Amalia de Sajonia, hija de Augusto III de Polonia. Don Carlos, que fue siempre hijo muy obsequioso con la voluntad de su padre, aceptó dichoso la decisión. Francia se había opuesto a este enlace matrimonial que amenazaba el equilibrio político creado por Fleury. Malignos rumores sobre la enfermiza salud de don Carlos fueron entonces esparcidos por Europa. Los diplomáticos divulgaban adrede

la falsa noticia de que la herencia hipocondríaca de los Borbones había tocado también a don Carlos. Pero estas maniobras de descrédito no tuvieron éxito. Felipe V envió a Nápoles a Montealegre para averiguar los tendenciosos rumores y "disipar tantas mentiras como se dice por ahí".

La llegada de Montealegre, marqués y después duque de Salas, hombre lleno de fantasía y sin prejuicios fue un correctivo eficaz al catolicismo algo santurrón de don Carlos.

El potente ministro Emanuel de Benavides y Aragón, conde de Santo Esteban, que había dirigido con gran inteligencia la política reformadora de don Carlos, pero como un momento de la política general de España, fue liquidado, en 1738, por Montealegre, que se transformó en el efectivo jefe del gobierno. Nombrado Secretario de Estado, tuvo la gran inteligencia de comprender el clima intelectual y político nuevo de Nápoles, y favoreció con entusiasmo y energía los planes de reformas, utilizando aquellos técnicos, que se inspiraban en las ideas de Giannone, y que se habían puesto a su disposición.

Es éste un personaje de gran importancia para el despegue y la realización de los planes reformadores de don Carlos, al que el joven rey debe mucho. Y aquí también hay que registrar un hueco en la investigación. El período napolitano del duque de Montealegre no tiene todavía el estudio que merece, así como queda por investigar todo el largo período veneciano, en el que Montealegre reestructura la embajada, restituyendo el Palacio Renier en la que hoy todavía se llama "Lista de España" a su antiguo esplendor, y desarrolla un papel importante en las relaciones entre España y la Serenísima República. En la iglesia de San Geremías, en Venecia, se puede contemplar un suntuoso altar que está en frente de la tumba donde quiso ser sepultado el duque y que testimonia la importancia que tuvo este personaje en la vida de la ciudad.

La boda con María Amalia fue anunciada oficialmente en Madrid el 5 de febrero de 1738 y la joven reina de las Dos Sicilias llegó a Nápoles el 22 de junio. El carácter de María Amalia no era muy fácil, y su mal genio se hizo proverbial. Sólo que era también mujer inteligente, y el pacífico don Carlos soportó con calma sus arranques y le demostró siempre gran afecto. El clima de Nápoles era muy diferente del clima del Norte de Europa, pero la reina pronto se adaptó a él, y escribía a su suegro que "el aire de aquí me ha hecho muy bien, y estoy muy contenta". Sobre este personaje tampoco tenemos el estudio que se merece, porque la reina está presente en la biografía de don Carlos casi siempre por sus aspectos psicológicos, mientras que doña Amalia es un verdadero "animal político".

Este matrimonio significaba políticamente la potencial ruptura del equilibrio italiano y europeo. En 1740 murió Carlos VI, y el problema de la sucesión al trono imperial de María Teresa abrió el segundo gran conflicto

européo: la Guerra de Sucesión Austríaca. En Italia todas las cuestiones de los primeros años del siglo parecieron abrirse de nuevo.

El Reino de Nápoles, fiel a las decisiones de Felipe V, se vio enseguida peligrosamente amenazado por la flota inglesa que se presentó en disposición de guerra en el puerto de Nápoles. El ultimátum de los ingleses tuvo que ser de todas formas aceptado por Montealegre. El peligro había sido fuerte, pero Inglaterra no intervino, y en Nápoles la situación volvió a la normalidad.

Pero los austríacos habían tomado la decisión de enviar sus tropas hacia el Sur con la intención de recuperar el Reino de las Dos Sicilias. Don Carlos reclutó rápidamente un ejército, utilizando también a los austríacos que había hecho prisioneros en la guerra anterior, y venció a los imperiales en la famosa y pintoresca batalla de Velletri, históricamente importantísima pero cuyo desarrollo nos muestra un don Carlos absolutamente inepto para una guerra verdadera, así esta batalla valdría la pena examinarla como un ejemplo de la estructura de los conflictos armados en la Italia del XVIII.

Felipe V muere el 9 de julio de 1746 y le sucede su hijo Fernando VI. Afecto de una fuerte hiponcondría, el nuevo rey de España tuvo la inteligencia de delegar la dirección de la política española en los ilustrados ministros Ensenada y Carvajal, que imprimieron un giro radical a la política española en Italia: abandono de la dispendiosísima política querida por Isabel de Farnesio, e inauguración de una política de neutralidad.

Resultado fue que los Estados italianos se encerraron en sí mismos, en sus recuerdos del pasado, soñando un retorno a las antiguas Repúblicas, a los antiguos Estados. La tentativa de superar el particularismo italiano por parte de la hegemonía de una gran potencia fue abandonada tanto por Francia como por Austria y por España. Las grandes esperanzas de los Años Treinta terminaban, y la única que quedaba en pie era la de una solidificación política del *statu quo*.

Los avatares de la guerra no influyeron en la prosecución de la política reformadora de don Carlos; aunque la desastrosa peste de 1743 había destruido gran parte de la población de Messina y se había propagado a Calabria, destruyendo los esfuerzos hechos para desarrollar el comercio provincial. En el sector universitario, muy conservador, empezaron a entrar aires nuevos, que los tradicionalistas consideraban muy peligrosos.

Don Carlos había dado comienzo a la reforma de la Universidad ya en 1736. La asignación de la cátedra de metafísica a Antonio Genovesi, en 1741, que dio a la prensa dos años después, sus *Elementos de metafísica*, significó el final de la tradición platónica y del cartesianismo. Éste había dominado la primera mitad del siglo, rejuveneciendo la cultura napolitana contra la retórica y la escolástica dominante, abriendo el paso a energías espirituales y tensiones ideales nuevas. Pero el clima europeo había cambia-

do, y como Feijoo en España y sobre todo como los *philosophes* franceses, los intelectuales napolitanos se acercaron a la filosofía experimental de Bacon y de Newton.

Este hecho levantó contra Genovesi sospechas de herejía. El principio de la Inquisición nunca había sido puesto en tela de juicio por Carlos III, pero en Nápoles no había nunca existido. Sin embargo el Tribunal del Santo Oficio funcionaba. Recién llegado a Nápoles, el rey había bloqueado toda tentativa de su resurrección y, cuando, en plena guerra, en 1746, se difundió la sospecha de que el arzobispo de Nápoles, Spinelli, tenía la intención de restaurar el Tribunal de la Santa Fe (una especie de Santo Oficio enmascarado), la reacción no sólo de los intelectuales sino del entero pueblo partenopeo fue violentísima. A pesar de que don Carlos estuvo siempre muy atento a toda posible desviación de la cultura filosófica hacia formas de heterodoxia, según él la herejía no tenía que ser suprimida con el "sanguinoso Tribunal", y el arzobispo de Nápoles tuvo que abandonar la ciudad. Vientos nuevos circulaban ya muy vigorosos en la cultura napolitana, y, en la España de Carlos III el nombre de Genovesi resonará al lado del de Feijoo.

También en el sector urbanístico, al comienzo de los Años Cincuenta, entraron en Nápoles nuevas ideas. Giovanni Carafa, Duque de Noja, sugirió, en un opúsculo de 1750, la idea de que la capital de un Reino, la más grande ciudad de Italia, tenía que imitar los nuevos modelos de arquitectura racional que venían desde Holanda y San Petesburgo, y mirar con atención la estructura urbanística de aquel Herculano que renacía bajo los ojos de los napolitanos: amplias plazas, vías rectas, en lugar del viejo laberinto de callejuelas, nuevas carreteras correspondientes al aumento del tráfico y del comercio, alumbrado de las calles, construcción de acueductos y de un sistema de cloacas, reorganización administrativa de la ciudad, albergues nuevos en lugar de las viejas y sucias fondas. De todas estas ideas sacó gran provecho don Carlos cuando, llegado a la sucia Madrid, dio comienzo a la bien conocida reordenación de la capital de España. En el programa de reformas estaba incluida también la creación de hospitales para los pobres, de observatorios astronómicos, jardines botánicos y zoológicos.

La cultura además no tenía que ser ya patrimonio exclusivo de los doctos. En 1755 el fraile Bartolomeo Fortunato De Felipe, que después llegó a ser, en Suiza, uno de los más grandes editores de la Europa de las Luces, publicó una antología divulgativa de los textos más importantes del pensamiento científico moderno. Antonio Genovesi empezó el nuevo curso universitario de 1754-55 hablando no ya de metafísica sino de economía política, y, con gran escándalo de los ambientes académicos, dictó sus clases en italiano abandonando el latín usado hasta entonces.

La era de paz que había empezado, terminada la Guerra de Sucesión Austríaca, vio el ingreso en la vida pública napolitana de todos aquellos

jóvenes que se habían formado en el clima intelectual y político nuevo querido y fomentado por don Carlos. Alrededor del anciano florentino Bartolommeo Intieri se reunieron todos los que querían aplicar al único reino independiente de la Península las ideas modernas que llegaban de Europa. Gran técnico e inventor, convencido sostenedor de que la ciencia era el instrumento fundamental para la realización de una justa y feliz sociedad, gran conocedor de la realidad agraria del Sur y hombre lleno de optimismo, Intieri fue capaz de inspirar a la nueva generación no sólo grandes esperanzas sino proporcionarles también los medios técnicos para realizarlas. No hay que olvidar que los Años Cincuenta son los años en los que se fragua el gran proyecto de la *Enciclopedia* de Diderot y de d'Alambert, que empieza el gran período de la Ilustración.

En Nápoles no sólo habían penetrado las ideas del liberalismo anteriores a la Fisiocracia, del neomercantilismo manufacturero y comercial, sino también la voluntad de aplicarlas. En los albores de la Ilustración, Nápoles se encontraba en Italia a la cabeza del nuevo movimiento, con todo el peso y la responsabilidad de este rol. Se trata de construir la nueva sociedad mirando no hacia atrás a una mítica edad de oro, sino mirando hacia adelante: "una sociedad culta y ciudadana —como escribía Intieri— llena de artes y estudios, de bienestar y comodidades para la vida". En 1751 Ferdinando Galiani, que en Intieri reconocía a su maestro, publicó una de las más sutiles obras económicas del momento, *De la moneda*, y en 1759 don Carlos lo envió a París a dirigir la embajada napolitana. También Genovesi, como hemos visto, se había dado a los estudios económicos, y con sano nacionalismo escribía en aquellos años: "Empezamos a tener una patria y a comprender cuan ventajoso sea para una nación tener un propio príncipe".

Pero María Amalia y su corte personal empezaron a constituir un polo de atracción de las fuerzas conservadoras del Reino. Carlos, aunque rey del independiente Reino de Nápoles, había siempre seguido fielmente las directrices de su padre y de su madre y sobre todo de los ilustrados ministros que dirigían la política extranjera de España. Pero con la muerte de Felipe V, el "partido" de María Amalia intentó alejar Nápoles de España haciéndola gravitar en la órbita de la política conservadora de la Corte de Viena. Se intentó dismantelar varias iniciativas reformadoras y dar espacio otra vez a la nobleza tradicionalista. Una conjura de Palacio, guiada por la Reina, consiguió destronar al ilustrado ministro Montealegre. Le sucedió el placentino marqués Giovanni Fogliani, mediocre personaje, privado de ideas, gran amigo de los Jesuitas. El pueblo de Nápoles vio renacer también la amenaza de la restauración del Tribunal de la Santa Inquisición. Pero faltó poco para que una revuelta popular se hiciese también personalmente con el arzobispo Spinelli, y la amenaza de restauración del Santo Tribunal fracasó, y el 31 de diciembre de 1746 don Carlos decretó su supresión.

Don Carlos sin embargo, después de un primer momento de desconcierto y confusión, sacó provecho de la muerte de Felipe V y de la política de neutralidad de Fernando VI. Finalmente era de verdad el rey de Nápoles. Era el final de la *patria potestas*. A pesar de la independencia el Reino de Nápoles había sido en efecto un reino hispano-italiano. Ahora, como ha sido subrayado por varios historiadores, don Carlos empezaba de verdad a ser rey, con todos los derechos y los deberes de un rey que quiere gobernar, y la misma mediocridad del nuevo ministro le hacía ganar en autoridad, y libertad de movimiento.

De todas formas el "tiempo heroico" de la monarquía empezaba a mostrar sus grietas. En 1746 fueron expulsados los judíos de Nápoles y esto tuvo repercusiones negativas sobre el comercio, sobre todo el provincial. La velocidad reformadora tuvo que cambiar ritmo. Tanucci y don Carlos, en una colaboración siempre más estrecha, fueron obligados a proceder con más cautela y lentitud contra una coalición de fuerzas conservadoras que con siempre mayor arrogancia levantaba de nuevo la cabeza. Sobre todo la parte de los nobles sicilianos, que Tanucci llamaba los "boyardos de la corona". Por debajo estaba la Compañía de Jesús, y fue en esta época cuando don Carlos empezó a concebir aquellas sospechas contra lo Jesuitas, que culminarán en la expulsión de España de la Compañía después del motín de Esquilache, en 1767.

Un hecho confirma esta recobrada autonomía decisoria del rey, la llamada al gobierno de un hombre nuevo, de orígenes humildes, el siciliano Leopoldo de Gregorio, nombrado después marqués de Esquilache y al que el rey nombró en 1755 Secretario de la Guerra, de la Marina y del Comercio: era éste un "hombre del rey", que don Carlos se llevará consigo a España, confiándole la dirección de la política económica reformadora del Reino.

Complicadas razones diplomáticas obligaron sin embargo a don Carlos a equilibrar la influencia francesa con la austriaca. Quedaba en efecto abierto el grave problema de la sucesión. Don Carlos estaba destinado a ser rey de España, después de la muerte de su hermanastro Fernando VI. En plena Guerra de los Siete Años, Francia y Austria, ahora aliadas, querían contentar a don Carlos dejando en el trono de Nápoles a su tercer hijo Fernando. Inglaterra y Prusia intentaron entonces atraerse a don Carlos con un complicado reajuste diplomático del equilibrio italiano, cómplice la Corte de Turín, que no se ajustaba a los deseos de la Monarquía española. Se impone por fin la tesis franco-austriaca, también porque Italia y el Mediterráneo ya estaban fuera del gran juego diplomático de las grandes potencias. En Italia domina el *statu quo*, y don Carlos, muerto Fernando VI, puede salir tranquilamente de Nápoles hacia Madrid el 6 de octubre de 1759. Se concluían 25 años de reinado, celebrados por todos como el comienzo de una nueva era. Mucho todavía quedaba desde luego por hacer: las reformas financieras

y judiciales no habían incidido lo suficiente en la realidad de los privilegios nobiliarios y eclesiásticos. El *Código carolino*, obra del "nuevo Justiniano", como decían entusiásticamente los contemporáneos, era en efecto una infeliz e ineficaz recopilación. Pero la vía maestra había sido abierta y Tanucci se quedaba en Nápoles como garante de la política carolina de las reformas.

A pesar de las dificultades de los últimos años, cuando el siempre queridísimo don Carlos salió para Madrid, fue llorado por todo el pueblo y por la clase política y cultural reformadora. En efecto, había dejado a sus espaldas un modelo de gobierno ilustrado al cual toda Europa miraba, y llegaba a España rico de una experiencia política e intelectual enorme, que inmediatamente utilizó para dar inicio al período más esplendoroso de su historia, como Carlos III rey de España. Sin la experiencia napolitana no se comprende en efecto el despliegue rapidísimo y seguro de la política reformadora de Carlos III.

"La época de don Carlos y de Tanucci —escribe Venturi— había dejado un sello indeleble en los espíritus. Y esto había pasado porque las ideas que se habían difundido correspondían a la realidad de las cosas, y sobre todo a las exigencias de los hombres, que aunque empíricamente y con no poca incertidumbre, habían intentado aportar algunas reformas a la base del Estado y de la sociedad heredados por los austriacos y por los españoles".

Universidad de Venecia